

El pastor del rebaño urbano:
a propósito del libro
Recuentos, ciudades y heterodoxias.
Ensayos y testimonios sobre
Carlos Monsiváis

Comentarios al libro de Tanius Karam, (Comp.), Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012.

Luis Alfonso Ramírez Carrillo

Aunque sólo comentaré tres de los veinte y tres capítulos de que consta este libro, aquellos más vinculados a la obra de Monsiváis que se dedican al fenómeno urbano y fundamentalmente a las manifestaciones de cultura urbana, quisiera comenzar mencionando unas palabras que definen el sentido central del conjunto de su obra. Así, Domínguez Michael, un crítico literario del que no podemos decir *que simpatice con sus textos ni su persona —ni, dicho sea de paso, con la de gran parte de los escritores mexicanos contemporáneos—* señala "Monsiváis es el marginal que viajó hacia el centro, el espectador que se transformó en espectáculo, un liberal que cree en la utopía como distribución equitativa de la esperanza...profetiza actuando como un coleccionista de las palabras, los gestos y las conductas que componen esta nación. Si México desaparece —digo, es un decir— por lo menos una pareja de cada especie sobrevivirá en el arca de Monsiváis y al menos uno de nuestro objetos tendrá su réplica en ese museo, no tan imaginario, que es su obra". Para quién conozca la ácida obra de Domínguez Michael sabrá



que esto no fue una crítica sino un elogio que seguramente tuvo que escribir a regañadientes.

Y es que entre los tantos valores de la obra de Monsiváis, destacan los libros que se ocupan de las crónicas urbanas de personajes, sucesos, sucedidos y creencias. Entre ellos quizás el más representativo —aparte de sus miles de artículos periodísticos— sea "Los rituales del Caos", publicado en 1995, que comienza con un verso de Elliot: "Sólo existe el buen verso, el mal verso y el caos", con lo que obviamente ubica a sus personajes y crónicas más allá del bien y del mal. Este libro es el verdadero museo de la crónica urbana de Monsiváis, su "arca de Noé". En él aparecen boxeadores, prostitutas, el Ángel de la Independencia, Gloria Trevi, los Centros Comerciales, los calendarios de Helguera, el Metro, el Santo, la revista *Hola!* Luis Miguel, el niño Fidencio y —para susto nuestro— su visión del apocalipsis y el infierno como un Distrito Federal extendido a todo México.

En el centro de su visión de la cultura urbana está el consumo, consumo para mantener, para ser, para existir, para sentir. Consumo para mantener las jerarquías que de otra manera, en las ciudades babilónicas y maratónicas como la de México, uno supondría diluidas y ocultas en el tráfico urbano, en la multitud y la masa. Y así sería si no fuera por los rituales urbanos. Son precisamente los rituales vinculados al consumo de imágenes y símbolos, los que le dan fluidez a la cultura y crean una identidad nacional, o más propiamente el sentido de "lo nacional" desde lo popular. Y por supuesto desde la perspectiva de Monsiváis, que como veremos no creo que sea la única.

Pero centrémonos en los capítulos de este libro y comencemos con el trabajo de Victoria Borsó, titulado "Carlos Monsiváis y la contingencia o un gozoso, maldito arte de sobrevivir. De la nación postutópica a la ciudad (post-) apocalíptica". (pp. 83-110).

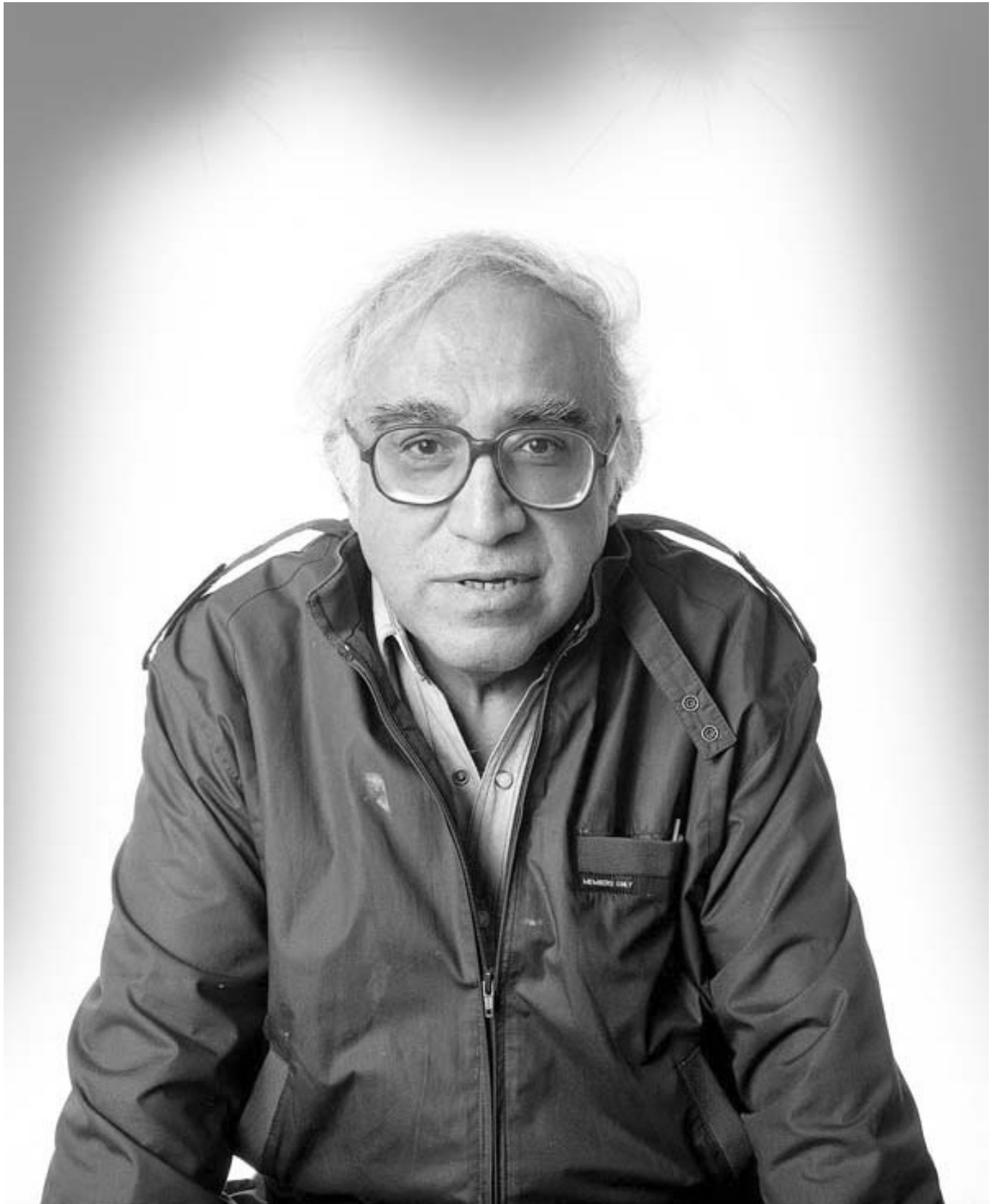
Detrás de este tremendo título la autora parte de una premisa: Que lo particular y lo universal son una difícil pareja. Es decir que: "Si en la época premoderna los límites de lo humano se definían con respecto a lo que estaba excluido de la totalidad de la razón, a partir de la modernidad los límites marcan más bien la interrelación entre lo particular y lo universal —una interrelación que se vuelve indisoluble. (¿)" P. 84. ¿y qué significa esto?

Por suerte podemos hacer una traducción y esto significa que "La crítica de la Nación que Monsiváis lleva a cabo...conciene justamente al hecho de que la Nación destruye la relación entre lo universal y lo particular, subordinándola a la unidad nacional. Desde los albores de su fundación...la nación persigue la integración de lo particular en la comunidad imaginada..." p. 87. Esto nos lleva a comprender —y en lo particular me parece que esto es el centro de la preocupación de Monsiváis como autor y como intelectual, no sé si el centro de toda su obra— que todos los discursos sobre la identidad mexicana, al menos los del siglo XX, son ejercicios y formas de legitimar sucesivamente el poder del Estado. Es por ello que Monsiváis se ocupa de la expresión colectiva y masiva más amplia de la identidad mexicana que es la que se expresa en la cultura popular.

Pero Monsiváis decía que "soy globalizado y nada de lo global me es ajeno" (2005, p. 53). Es decir, para la autora en cuestión, Monsiváis "se acerca progresivamente a la cultura urbana como un espacio de comunicación y contingente en el que los binarismos no tienen sentido" (p. 97). ¿Qué quiere decir con esto? Creo yo, si entiendo bien, que es en el espacio urbano en el que emerge la cultura popular y que ésta se encuentra en un proceso de tensión permanente, en el que si bien se legitima al Estado también se le enfrenta y deslegitima, que el propio crecimiento de las ciudades y la penetración de los medios masivos es el que libera alternativas y hace necesaria y posible la organización independiente en colonias populares y asociaciones vecinales.

No sé quién tradujo del alemán el artículo de la Dra. Borsó, y espero (sin mucha esperanza, *mea culpa*) haber comprendido bien sus planteamientos. Pasemos ahora al siguiente trabajo, el de Joachim Michael, titulado "México Postapocalíptico" (pp. 111-138).

Hay que comenzar situándonos en el papel de "yo-narrador" del último ensayo del libro "Los Rituales del caos", precisamente el que se denomina "El apocalipsis en arresto domiciliario". Allí Monsiváis se retrata como un hombre justo (¿podría ser de otra manera?) que sabe que los males serán castigados en el Juicio Final. Y citándolo directamente dice "...y vi la Ciudad de México (que ya llegaba por un costado a Guadalajara y por otro



a Oaxaca) y no estaba alumbrada de gloria y de pavor, y si era distinta desde luego, más populosa, con legiones columpiándose en el abismo de cada metro cuadrado, y video clips que exhortaban a las parejas a la bendición demográfica de la esterilidad o al edén de los unigénitos, y un litro de agua costaba mil dólares, y se pagaba por meter la cabeza unos segundos en un tanque de oxígeno, y en las puertas de las estaciones del Metro se elegía por sorteo a quienes sí habrían de viajar. (No más de quince millones de personas por jornada, decía uno de tantos letreros que son el cáliz de los incontinentes". (1995: 248).

Si unimos estas palabras al tema central de uno de sus últimos libros "Apocalipstick", publicado en 2009, no es extraño que Michael concluya que para Monsiváis el pensamiento apocalíptico integra las imágenes de la megalópolis mexicana. Pero el apocalipsis no está en el futuro, Está en el presente. Es el presente, en especial el de la ciudad de México. Nunca llegará porque pasa todos los días, es la vida cotidiana de la gran ciudad. Como dice el autor, lo peor no es lo que vendrá sino lo que ya está. Como nadie presenciara jamás el fin del mundo, lo peor es el período mientras el mundo se acaba, es decir, el presente. Es el país que Monsiváis documenta, el de las masas, el desempleo, la frustración y las esperanzas bajo la tierra. Es el país que se constituye entre la sociedad de masas y la sociedad premoderna. Es la cultura de lo que antes se llamaba subdesarrollo y ahora se denomina la condición periférica.

En resumen, en este trabajo se plantea que conforme la modernidad se ha venido instalando, se ha unido a la miseria y la marginalidad; el avance de los medios ha permitido el imperio de una industria cultural audiovisual que neocoloniza la población y la convierte en un público de *jodidos*, sin opción ni criterio. Esta es la interpretación de las crónicas de Monsiváis, que no dejan de denunciar las condiciones agobiantes a las que la gran mayoría de los habitantes de la mega-urbe mexicana está expuesta...su discurso apocalíptico concibe la condición de los muchísimos como impropia al ser humano, como masificación y alienación.

El siguiente trabajo es de la autoría de Gabriela Valenzuela Navarrete y se denomina "Carlos Monsiváis, un integrado *avant*



la lettre" (139-157). La autora plantea su tema de discusión con una pregunta que pudiera parecer ociosa: ¿porqué Monsiváis no hubiera podido ser aspirante al premio Nobel de literatura? Respondiéndola desarrolla su argumento. Contradice la idea común que podría señalarse de que la suya es, en términos estrictamente literarios, una "literatura menor". Y lo hace indicando que, desde que se acepta —por seguir a Humberto Eco— de que existe una literatura de masas, hace medio siglo se ha proclamado que se han derribado las fronteras entre alta y baja cultura. Que, por ejemplo, hoy en día ya no se puede concebir la vida cotidiana sin la televisión, el cine, la prensa y el internet. De cualquier manera la institución literaria, sigue considerando el acto literario como un fenómeno de "alta cultura" y la escritura de Monsiváis es un producto de la anticultura, no sólo porque se centra en la cultura popular, sino porque va dirigida a las masas, usando un lenguaje que cualquiera podría entender (en apariencia). Es decir, de manera premeditada se construyó como una literatura "menor".

Una literatura "menor" es aquella en la que el autor elige darle voz, a asumir la voz de las masas, del pueblo, de la mayoría; no sólo sus problemas o vida cotidiana, sino también su propio lenguaje. Es decir, que sacrifica su propia voz y su individualidad por los otros. En otras palabras, si el tema es la cultura popular y el público buscado es la mayoría difícilmente se podría hacer una literatura que aspire al premio Nobel. Bien, pero esto ¿realmente es así? La cosa no es tan simple. En pleno siglo XXI, en el triunfo de una sociedad de masas, las fronteras entre lo culto y lo popular tienen muchas décadas desdibujándose, de tal manera que los defensores de la existencia de una única cultura masiva y globalizada son ya la mayoría.

Aunque no lo sostiene con la vehemencia con que a uno le gustaría, la autora acierta cuando señala que el verdadero límite de la literatura de Monsiváis lo constituye no tanto su lenguaje popular, sino los contenidos y referentes de ese lenguaje. Es decir, si revisamos por ejemplo *Apocalipstick* ¿Cuántas personas que no sean mexicanos pueden entender, captar los guiños o interesarse en frases como esta "...los perdidos y sus iguales, los nacos, los pelados, los oaxacos, los indios patarrajada, los

de aspecto de chofer de combi, los de la aureola de "ya jamás la haré", los burócratas de ventanilla, los profes, los compas, los ñeros, los nativos, los olorosos a central camionera...los chavos banda, los acróbatas de esquina..." (2009: 221), o en *Los Rituales del Caos*, "A los tropicalosos, cosquilleantes y cascabeleros el destino les reservó los tóbiris (de la canción de Daniel Santos el Tíbiri Tábara)...y los dueños de los equipos de sonido se entercan y se convierten en sonideros...es tiempo de adentrarse en la Conchita, un hoyo tóbiri de la tropicalidad..." (1995: 114). La defensa a mansalva de la mexicanidad frente a la globalidad y del lenguaje popular frente a uno "correcto" o más formal, constituye la fuerza pero también el límite de Monsiváis como literato de la cultura popular urbana.

Concluiría señalando una paradoja adicional que surge de la lectura de su obra, que, sin quererlo, ejerce una especie de "colonialismo interno" en nuestro país. Digamos que es una cultura popular centralista vencedora frente a las culturas populares regionales, las dobles perdedoras en este país. En efecto, la cultura popular que retrata y construye Monsiváis es en términos estrictos, la del Valle de México y en cierta medida la del occidente del país. La cultura popular urbana del sureste, del norte, del noroeste, de la península de Yucatán, sólo en parte se pueden ver reflejadas en sus escritos. La extensa población indígena del sur no ha desaparecido por migrar a las ciudades, ni ha dejado de hablar de manera propia, o de utilizar, deformar y reconstruir sus propios regionalismos, lenguas y finalmente identidades. El inmigrante que retorna en la frontera norte tampoco. No todo México se va a reconocer en el caló, los juegos lingüísticos y las referencias de la Colonia Portales, la Bondonjo, o Santa María de la Rivera, ni en sus tipos pintorescos. La mayoría de México no viaja en Metro, ni come tacos de canasta. En ese sentido, criticando a la cultura dominante, develando los juegos de poder y legitimación de los estereotipos culturales que tratan de imponer los medios masivos y defendiendo lo popular y lo nacional, la literatura de Monsiváis no deja de ser parte, también, de este juego de espejos que constituye la creación de identidades. Ironías de la globalización, capaz de engullir todo. 